

LAS VIRTUDES EN LA VIDA MORAL

(II)

Queridísimos: si habéis resucitado con Jesucristo, buscad las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios: saboread las cosas del cielo, no las de la tierra... Resvestíos como escogidos que sois de Dios, santos y amados, de entrañas de compasión, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriendoos los unos a los otros y perdonándoos mutuamente si alguno tiene queja contra otro... Pero sobre todo mantened la caridad, que es el vínculo de la perfección¹.

Las virtudes morales son el coronamiento de la vida moral natural, la cumbre de la perfección humana. Pero no hay que olvidar que Dios ha escogido a todos los hombres para un fin sobrenatural que excede infinitamente las posibilidades de la naturaleza creada. Si las virtudes humanas, debido a las consecuencias del pecado original, ya a duras penas mueven al hombre a realizar el bien natural en su plenitud, de ninguna manera pueden encaminarlo hacia la santidad a la que Dios le llama. Por más que progrese, usando de las fuerzas e inclinaciones que posee por sí mismo, el hombre jamás conseguirá traspasar los límites de su naturaleza. Esto lo consigue por la gracia, que Dios infunde en su alma junto con la caridad y *el nobilísimo cortejo de todas las virtudes*².

(1) *Colos.* III, 1-14;

(2) *Catecismo de San Pio V, p. II, cap. II, n. 51;*

Entre las virtudes que Dios, por su bondad, infunde con la gracia en el alma, ocupan un lugar preeminente las virtudes teológicas, que —por tener como objeto a Dios mismo— constituyen la esencia y fundamento de la vida cristiana. Ha sido definido en el Concilio de Trento que en el Bautismo, *en la misma justificación, juntamente con la remisión de los pecados, recibe el hombre las siguientes cosas que a la vez se le infunden por Jesucristo, en quien es injertado: la fe, la esperanza y la caridad*³.

Las virtudes teológicas son un don de Dios que eleva las potencias del alma hasta hacerlas penetrar en la intimidad de la vida divina. Porque son don sobrenatural y gratuito, *hay que pedir al Señor que nos aumente la fe. Hay que fomentar la esperanza de los bienes que nos aguardan —infinitamente mayores que todas las cosas que hayamos podido dejar en esta tierra—, y hay que pensar en el Amor de Dios: con toda la belleza, con toda la hermosura, con toda la vibración, con toda la ciencia...*

Gracias a las virtudes teológicas, el cristiano puede conocer con la certeza de Dios, esperar con la seguridad de Dios, amar con la misma caridad divina. Y esto no sólo en algunos momentos o situaciones, sino en todos los instantes, mientras esas virtudes permanezcan vivas en su alma. Por eso al Padre le gusta considerar *cómo el cristiano, en su existencia ordinaria y corriente, en los detalles más sencillos, en las circunstancias normales de su jornada habitual, pone en ejercicio la fe, la esperanza y la caridad, porque allí reposa la esencia de la conducta de un alma que cuenta con el auxilio divino*⁴.

LA VIDA DE FE DEL CRISTIANO

Cristiano es quien vive de fe, de esperanza y de caridad; dones divinos derramados en su corazón por el Padre, en Cristo, con la infusión del Espíritu Santo⁵. Son estas virtudes las que hacen posible el despliegue del germen de vida sobrenatural recibido en el Bautismo, de modo que el cristiano vaya en verdad *creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza*⁶, para, *según las riquezas de su gloria, por medio de su Es-*

(3) Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 7, D. 800 (1530);

(4) Homilía *El Corazón de Cristo, paz de los*

cristianos, 8-VI-1966;

(5) cfr. *Rom.* V, 5;

(6) *Ephes.* IV, 15;

piritu, ser fortalecido en el hombre interior⁷, modelándose según el hombre nuevo que ha sido creado conforme a la imagen de Dios en justicia y en santidad verdadera⁸.

La fe es el principio de la humana salvación⁹, el fundamento y raíz de toda justificación¹⁰. Es, pues, desde este punto de vista, la primera de las virtudes cristianas: sin ella no se puede vivir ni la esperanza ni la caridad; con ella, en cambio, nos adherimos a un solo Dios y al que envió, Jesucristo¹¹. Y cuán íntimamente nos estrecha esta fe con Dios, nos lo enseñan las palabras del discípulo predilecto de Jesús: quienquiera que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él y él en Dios¹². No es menos lo que esta fe cristiana nos une mutuamente y con la divina cabeza. Porque cuantos somos creyentes, teniendo el mismo espíritu de fe¹³, nos alumbramos con la misma luz de Cristo, nos alimentamos con el mismo manjar de Cristo, y somos gobernados por la misma autoridad y magisterio de Cristo. Y si en todos florece el mismo espíritu de fe, vivimos también la misma vida en la fe del Hijo de Dios, quien nos amó y se entregó por nosotros¹⁴; y Cristo, Cabeza nuestra, acogido por nosotros y morando en nuestros corazones por la fe viva¹⁵, así como es el autor de nuestra fe, así también será su consumidor¹⁶⁻¹⁷.

En la vida cristiana, la fe proporciona sobre todo un pleno conocimiento de la voluntad de Dios, con toda sabiduría e inteligencia espiritual, de modo que se siga una conducta digna de Dios, agradándole en todo, produciendo frutos de toda especie de obras buenas y adelantando en conocimiento de Dios¹⁸. Por la fe, el cristiano puede discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los que participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre¹⁹.

La fe es una luz que Dios concede a los que le buscan con sincero corazón, a los que humilde y constantemente procuran rastrear las huellas del Creador en las criaturas, y abren el alma a la acción íntima y singularísima del Espíritu Santo. La fe nos recuerda que el Señor

(7) *Ephes.* III, 16;

(8) *Ephes.* V, 24;

(9) San Fulgencio, *De fide, ad Petrum* 1;

(10) Concilio de Trento, *decr. De iustificatio-*
ne, cap. 8, D. 801 (1532);

(11) *cfr. Joann.* XVII, 3;

(12) I *Joann.* IV, 5;

(13) II *Cor.* IV, 13;

(14) *Galat.* II, 20;

(15) *cfr. Ephes.* III, 17;

(16) *cfr. Hebr.* XII, 2;

(17) Pío XII, *enc. Mediator Dei*, 20-XI-1947;

(18) *Colos.* I, 9-10;

(19) Concilio Vaticano II, *const. past. Gau-*
dium et spes, n. 11;

obra constantemente: es El quien nos ha creado y nos mantiene en el ser; quien, con su gracia, conduce la creación entera hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios (cfr. Rom. VIII, 21) ²⁰.

De suyo, esta luz divina —que invita a fijar la mirada en el Cielo— no saca al cristiano de la vida común de los demás hombres, ni le aleja de las preocupaciones y deberes de sus iguales. *Seguir a Cristo* —escribe el Padre— *no significa refugiarse en el templo, encogiéndose de hombros ante el desarrollo de la sociedad, ante los aciertos o las aberraciones de los hombres y de los pueblos. La fe cristiana, al contrario, nos lleva a ver el mundo como creación del Señor, a apreciar, por tanto, todo lo noble y todo lo bello, a reconocer la dignidad de cada persona, hecha a imagen de Dios, y a admirar ese don especialísimo de la libertad, por la que somos dueños de nuestros propios actos y podemos —con la gracia del Cielo— construir nuestro destino eterno* ²¹.

Solamente con la luz de la fe y con la meditación de la palabra divina es posible reconocer siempre y en todo lugar a Dios, en quien vivimos, nos movemos y existimos ²²; *buscar su voluntad en todos los acontecimientos, contemplar a Cristo en todos los hombres, próximos o extraños, y juzgar con rectitud sobre el verdadero sentido y valor de las realidades temporales, tanto en sí mismas como en orden al fin del hombre* ²³.

LA VIDA DE ESPERANZA DEL CRISTIANO

La virtud teologal de la fe ilumina el fin a que se encamina toda la vida moral, pero es la virtud teologal de la esperanza la que confirma en la seguridad de *conquistar el premio a que Dios nos llama desde lo alto por Jesucristo* ²⁴.

Efectivamente, *si por la fe nos adherimos a Dios en esta tierra como a fuente de verdad, por la virtud de la esperanza cristiana lo deseamos como manantial de felicidad, aguardando la bienaventurada esperanza y la venida gloriosa del gran Dios* ²⁵. *Por aquel anhelo común del reino celestial, que nos hace renunciar aquí a una ciudadanía permanente para buscar la futura* ²⁶ *y aspirar a la gloria de arriba, no dudó*

(20) Homilía *El Gran Desconocido*;

(21) Homilía *La muerte de Cristo, vida del cristiano*, 22-III-1970;

(22) *Act.* XVII, 28;

(23) Concilio Vaticano II, dect. *Apostolicam actuositatem*, n. 4;

(24) *Philip.* III, 14;

(25) *Tit.* II, 13;

(26) cfr. *Hebr.* XIII, 14;

el Apóstol de las gentes en decir: un Cuerpo y un Espíritu, como habéis sido llamados a una misma esperanza de vuestra vocación²⁷. Más aún, Cristo reside en nosotros como esperanza de gloria²⁸⁻²⁹.

Ciertamente la fe y el conocimiento de la verdad otorgan la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no puede mentir, ha prometido antes de todos los siglos³⁰. Sin embargo, únicamente la esperanza confiere a la lucha cristiana aquella tenacidad y firmeza que la fe sola no puede dar. Porque nosotros somos ya ahora hijos de Dios, mas lo que seremos algún día no se nos descubre aún. Sabemos, sí, que cuando se manifestare claramente Jesucristo, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es. Entretanto, quien tiene tal esperanza en El se santifica a sí mismo, así como El también es santo³¹.

Los cristianos, en medio de las adversidades de esta vida, hallan fortaleza en la esperanza pensando que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros³², pero de modo que la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra³³, como parte de la tarea que Dios nos ha encomendado.

Por la esperanza, el cristiano vive sobria, justa y piadosamente en este siglo³⁴, no confiando en sus propias fuerzas —pues nosotros no somos salvos sino en esperanza³⁵ mientras dura la peregrinación—, sino en la misericordia infinita de Dios y en sus promesas³⁶. Acrecentemos, en nuestras almas, la virtud de la esperanza, imaginando y deseando —para cuando Dios quiera— el premio eterno. Me podrá quizá decir alguno: ¿no es un poco de egoísmo eso de pensar en el cielo? —No: la esperanza es una gran virtud, que exige una fe recia. Y la fe y la esperanza requieren un amor grande al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Ved cómo así estamos viviendo las tres virtudes teológicas. Este es el proceso espiritual que, si sois fieles, hacéis cada día casi sin daros cuenta, como no os dais cuenta de que respiráis³⁷.

(27) *Ephes.* IV, 4;

(28) cfr. *Colos.* I, 27;

(29) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947;

(30) *Tit.* I, 1-2; cfr. *Galat.* V, 5;

(31) I *Ioann.* III, 2-3;

(32) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 4; cfr. *Rom.* VIII, 18;

(33) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 39;

(34) *Tit.* II, 12;

(35) *Rom.* VIII, 24;

(36) cfr. II *Tim.* IV, 7-8; *Iacob.* I, 12;

(37) Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 72; cfr. Concilio de Trento, decr. *De iustificatione*, cap. 11 y can. 26, 31, D. 804, 836, 841 (1539, 1576, 1581); Inocencio XI, const. *Coelestis Pastor*, 20-XI-1687, prop. 7 y 12, D. 1227, 1232 (2207, 2212); Clemente XI, const. *Unigenitus Dei Filius*, 8-IX-1713, prop. 57, D. 1407 (2457);

Ahora permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad; pero de las tres, la caridad es la más excelente³⁸. Porque si aun en las cosas naturales, el amor que engendra la verdadera amistad es lo más excelente, ¿qué diremos de aquel amor celestial que el mismo Dios infunde en nuestras almas? Dios es caridad, y quien permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él³⁹. En virtud, por decirlo de algún modo, de una ley establecida por Dios, esta caridad hace que —al amarle nosotros— le hagamos descender amoroso, conforme a aquellas palabras: si alguno me ama... mi Padre le amará, y vendremos a él, y pondremos en él nuestra morada⁴⁰.

La caridad, por tanto, es la virtud que más estrechamente nos une a Cristo, en cuyo celestial amor, abrasados, tantos hijos de la Iglesia se alegraron de sufrir injurias por El y soportarlo todo, aun lo más arduo, hasta el último suspiro y hasta derramar su sangre. Por lo cual, nuestro divino Salvador nos exhorta encarecidamente con estas palabras: permaneced en mi amor. Y comoquiera que la caridad es una cosa vana si no se manifiesta y actúa en obras buenas, por eso añadió enseguida: si observáis mis preceptos permaneceréis en mi amor, como Yo he observado los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor⁴¹⁻⁴².

La caridad es el motor de la existencia cristiana, la virtud que rige todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin⁴³. Es la plenitud del orden moral instaurado por Cristo⁴⁴, el vínculo de la perfección⁴⁵, la señal de que el cristiano ha pasado de la muerte a la vida⁴⁶. Sin la caridad, la fe está muerta⁴⁷ y la esperanza, truncada, aunque no perdida, pues aun cuando alguno pecare, no desespere: tenemos por abogado para con el Padre a Jesucristo, el justo. El mismo es la víctima de propiciación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo⁴⁸.

La caridad es la virtud que imprime a la vida cristiana sus rasgos más característicos de alegría, de generosidad, de sencillez, y a la vez de grandeza, como quien ha de buscar su fin amando a Dios —aun

(38) I Cor. XIII, 13;

(39) I Ioann. IV, 16;

(40) Ioann. XIV, 23;

(41) Ioann. XV, 9-10;

(42) Pio XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947;

(43) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 42;

(44) cfr. *Rom.* XIII, 10;

(45) *Colos.* III, 14;

(46) cfr. I Ioann. III, 14;

(47) cfr. *Jacob.* II, 17; Concilio de Trento, dect. *De iustificatione*, can. 28, D. 838 (1578);

(48) I Ioann. II, 1-2;

antes de poseerlo plenamente— con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas ⁴⁹, y, según el ejemplo de Cristo ⁵⁰, amando también a todos los hombres, hermanos suyos, destinados a alcanzar el mismo y único fin sobrenatural.

Caridad con Dios, y caridad con el prójimo, procurando que sea generosa, sin límites ni cortapisas, con ánimo abierto y comprensivo. Primero, caridad con Dios, que es vinculum perfectionis (Colos. III, 14): la medida que os doy —nos dice el Padre—, para amar a Dios, es amarle sin medida.

Por amor de Dios, caridad con el prójimo: convivid, disculpad, perdonad. La caridad es el fundamento del ideal cristiano y la más amable virtud de nuestra religión ⁵¹.

EL CRECIMIENTO EN LA FE, EN LA ESPERANZA Y EN LA CARIDAD

La existencia cristiana es un *vivir de fe, de esperanza, de caridad; dejar que Dios tome posesión de nosotros y cambie de raíz nuestros corazones, para hacerlos a su medida. Una vida cristiana madura, honda y recia, es algo que no se improvisa, porque es el fruto del crecimiento en nosotros de la gracia de Dios ⁵².*

Así como las virtudes naturales son resultado de la actividad moral libre del hombre, las virtudes teologales son exclusivamente un don divino, *virtudes infusas, que tenemos por pura generosidad de Dios: no las hemos merecido, ni podemos adquirirlas con nuestra inteligencia.* De ahí que el cristiano, para acrecentarlas, deba recurrir a los medios de la gracia, es decir, a los sacramentos de la Iglesia, y cooperar con sus buenas obras ⁵³ a la acción de Dios.

Poner en práctica las virtudes infusas contribuye ya a su crecimiento, pues el mérito contraído lleva consigo un aumento de gracia y de virtudes ⁵⁴ y, además, el alma se dispone mejor para recibir la acción santificadora del Espíritu Santo. Santo Tomás enseña que *hay dos clases de virtud: adquirida e infusa. El ejercicio moral contribuye a fomentar una y otra, pero de distinta manera; es decir, causa la virtud adquirida y dispone para la infusa; y, una vez conseguida ésta, la conserva y fomenta ⁵⁵.* Las mismas virtudes humanas, sobrenaturalizadas, lle-

(49) cfr. *Matth.* XII, 30;

(50) cfr. *Ioann.* XIII, 34; XV, 12;

(51) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 73;

(52) Homilía *El Gran Desconocido*;

(53) cfr. Concilio de Trento, *decr. De iustifi-*

catione, cap. 10, D. 803 (1535);

(54) cfr. Concilio de Trento, *decr. De iustificatione*, can. 32, D. 842 (1582);

(55) Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 92, a. 1 ad 1;

van a ejercitar las virtudes teologales, a recibir con mayor docilidad los dones del Espíritu Santo ⁵⁶.

Las virtudes teologales, como todas las gracias que Dios derrama sobre el alma en el bautismo, son patrimonio común de los cristianos; de modo que, si todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad ⁵⁷, también todos disponen de los medios para alcanzar la meta: en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe, como venido de la mano del Padre celestial, y colaboran con la voluntad divina haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo ⁵⁸.

Lo único necesario es perseverar, con la ayuda de Dios, en este esfuerzo y en este deseo. *La santificación es tarea para toda la vida. La semilla divina de la caridad, que Dios ha puesto en nuestras almas, aspira a crecer, a manifestarse en obras, a dar frutos que respondan en cada momento a lo que es agradable al Señor* ⁵⁹.

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

Debemos fomentar, hijas e hijos míos, con las virtudes humanas, las virtudes teologales —vuestra vida de fe, de esperanza y de caridad— que nos fueron dadas en el bautismo, por la acción inflexible del Espíritu Santo. El Gran Desconocido —así me gusta llamarlo— vive, como os decía, en el alma de las personas que están en gracia de Dios, transformándolas en morada de la Trinidad Beatísima: templum enim Dei sanctum est: quod estis vos; el templo de Dios es santo: y ese templo sois vosotros (I Cor. III, 17) ⁶⁰.

La vida cristiana alcanza su plenitud bajo la influencia de los dones del Espíritu Santo: don de sabiduría, de entendimiento, de consejo, de fortaleza, de ciencia, de piedad y de temor de Dios ⁶¹. *El hombre justo, que ya vive la vida de la gracia y opera por congruentes virtudes, como el alma por sus potencias, tiene necesidad de aquellos siete dones que se llaman propios del Espíritu Santo. Gracias a ellos el alma se*

(56) Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 70;

(57) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 40;

(58) *Ibid.*, n. 41;

(59) Homilía *La conversión de los hijos de Dios*, 2-II-1952;

(60) Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 71;

(61) cfr. *Isai*, XI, 2; Sinodo Romano, año 382, *Decretum Damasi*, D. 83 (178);

dispone y se fortalece para seguir más fácil y prontamente las inspiraciones divinas; es tanta la eficacia de estos dones, que la conducen a la cumbre de la santidad; y tanta su excelencia, que perseveran intactos —aunque más perfectos— en el reino celestial. Merced a esos dones, el Espíritu Santo nos mueve y anima a conquistar las bienaventuranzas del Evangelio ⁶².

Las virtudes infusas sobrenaturalizan los modos de obrar humanos y comunican al hombre la capacidad de desarrollar una conducta cristiana. Pero los dones del Espíritu Santo añaden unas operaciones enteramente nuevas y divinas, que elevan la vida del cristiano a una perfección y altura insospechadas. Mediante las virtudes, el cristiano se mueve a comportarse de acuerdo con la vocación recibida; gracias a los dones, es el mismo Espíritu el que le mueve desde su interior, conformándole a su modo de obrar: *los que son conducidos por el Espíritu, éstos son hijos de Dios* ⁶³.

Los dones del Espíritu Santo son la señal más elevada de la acción de la Santísima Trinidad en el alma del justo, donde habita por la gracia como en un templo. Su misión es perfeccionar la vida sobrenatural incoada por las virtudes teologales. Por eso, la posesión de los dones no es exclusiva de los que han llegado a la cumbre de la perfección: como son inseparables de la caridad, tienen su asiento en todas las almas que están en gracia. Su existencia y acción tampoco se encuentran ligadas a estados particulares o a caminos extraordinarios: se hallan en el camino ordinario de la santidad, a la que todos los cristianos están llamados. Mucho menos dependen del grado de cultura, o de la formación científica, profesional o religiosa, aunque estos conocimientos sean recomendables. Incluso, muchas veces, la acción del Espíritu Santo se ejerce con más intensidad en personas sencillas, de escaso saber humano pero verdaderamente piadosas, porque lo único que Dios pide a los hombres, para obrar en ellos, es una disposición de humilde docilidad.

Hay una ciencia a la que sólo se llega con santidad —ha escrito el Padre—: *y hay almas oscuras, ignoradas, profundamente humildes, sacrificadas, santas, con un sentido sobrenatural maravilloso: Yo te glorifico, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos (Matth. XI, 25). Un sentido sobrenatural que*

(62) León XIII, enc. *Divinum illud munus*, 9-V-1897; | (63) Rom. VIII, 14; cfr. Santo Tomás, *S. Th.* I-II, q. 68, a. 1;

*no raramente falta en las disquisiciones hinchadas de presuntos sabios: evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum, dicentes enim se esse sapientes stulti facti sunt (Rom. I, 21 y 22); disparataron en sus pensamientos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas; y, mientras se jactaban de ser sabios, pararon en ser necios*⁶⁴.

Durante toda su existencia, el cristiano ha de reconocer las inspiraciones del Espíritu divino, y procurar seguirlas si de verdad desea alcanzar el fin sobrenatural a que está destinado. Para eso está la dirección espiritual, que es camino por el que Dios muestra ordinariamente su voluntad, y también *la acción callada, suave y fuerte de su Espíritu, que ilustra a las almas como Maestro interior*⁶⁵ por medio de sus siete dones. Entre ellos *hay uno del que tenemos especial necesidad todos los cristianos: el don de sabiduría que, al hacernos conocer a Dios y gustar de Dios, nos coloca en condiciones de poder juzgar con verdad sobre las situaciones y las cosas de la vida*⁶⁶, esta existencia común que hemos de santificar.

La vocación cristiana es una vida de santidad: *no estamos destinados a una felicidad cualquiera, porque hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la Unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres.*

*Esa es la gran osadía de la fe cristiana: proclamar el valor y la dignidad de la naturaleza humana y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios. Osadía ciertamente increíble, si no estuviera basada en el decreto salvador de Dios Padre y no hubiera sido confirmada por la sangre de Cristo y reafirmada y hecha posible por la acción constante del Espíritu Santo*⁶⁷.

El cumplimiento de este destino último del hombre es el fin de la conducta moral, al que ha de encaminarse no con actos aislados, sino mediante una continua y perseverante rectificación de todas sus potencias. Esta es la misión propia de las virtudes naturales e infusas, y de los dones del Espíritu Santo, que perfeccionan y elevan la naturaleza hu-

(64) Carta *Ad serviendum*, 8-VIII-1956, n. 42; | (66) Homilía *El Gran Desconocido*;
(65) Carta *Divinus Magister*, 6-V-1945, n. 4; | (67) *Ibid.*;

mana y llevan al cristiano *al estado de varón perfecto, a la medida de la edad perfecta según Cristo*⁶⁸, realizando su identificación plena con el Señor Jesús, Maestro y Modelo de toda perfección⁶⁹. Porque *una misma es la santidad que cultivan, en las múltiples ocupaciones y géneros de vida, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y en verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria*⁷⁰.

(68) *Ephes.* IV, 13;
(69) cfr. *Galat.* II, 20;

(70) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 41.